

3. El hilo del que todo está suspendido

Hay un punto entre nosotros y Cristo que hace que “funcione” o no toda la vocación y misión que recibimos, que es como un hilo eléctrico del que depende el “funcionamiento” de toda vocación. Y toda vocación es importante, es grande. Es siempre grande la vocación de cada bautizado, desde el recién nacido, que quizá muere un minuto después del bautismo, al Papa que mueve multitudes, porque cada bautizado está llamado a ser en Cristo un hijo de Dios, que realiza en el mundo y por todo el mundo la Redención, la renovación de toda la realidad en el poder del Espíritu Santo, derramado sobre nosotros en virtud de la muerte y la resurrección de Cristo.

¿Qué es este punto, este hilo que hace funcionar todo lo demás? ¿Qué lo hace funcionar o no, aunque aparentemente funcione todo?

Jesús dice, más bien grita violentamente a Pedro: “¡Eres para mí piedra de escándalo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres!” (Mt 16,23).

Es como si todo dependiese de este “pensar”, de este *phronein*, de este *sapēre*, de este sentir, percibir, experimentar, juzgar... de Pedro ante Jesús. Todo está suspendido a nuestro pensar como Dios o como los hombres. Es como un risco, un filo que divide la realidad entre el reino de Dios, del que Cristo es el Señor y Rey, y el reino del mundo, dominado por Satanás.

Imaginémonos qué escalofrío experimentó Pedro en aquel momento dándose cuenta que bastaba un pensamiento, una manera suya de pensar, de juzgar, de estar convencido de una cosa, que bastaba un sentimiento, para hacerlo resbalar, a él, la piedra sobre la que Cristo quería edificar su Iglesia; a Él, al que Cristo quería confiar la “gestión” universal, católica, de la Redención del mundo, para hacerlo resbalar hasta el fondo del abismo del reino oscuro de aquel, Satanás, que se había opuesto desde el origen al pensamiento misericordioso de Dios sobre todas Sus criaturas.

Una vez, hace ya muchos años, durante el servicio militar, me sucedió que me caí y resbalé sobre la nieve helada. No podía detenerme, no conseguía sujetarme a nada, y resbalaba, resbalaba, cada vez más velozmente, hacia un conjunto de rocas que me habría detenido, pero el cuerpo tenía tendencia a girarse, por lo que corría el riesgo de chocar contra las rocas rompiéndome la cabeza. Seguramente fue uno de los momentos en los que la Madre de Dios y mi ángel de la guarda, o algún santo, me conservaron la vida, porque llegué hasta las rocas con las piernas y las botas.

También Pedro, durante algunos segundos, debió sentirse perdido, terminado, destruido, si Jesús no hubiese inmediatamente puesto en pie su libertad, y con la suya la de los demás discípulos, reabriendo el camino de la vocación, volviendo a llamar a su libertad a seguirlo, y a seguirlo hacia su dramático destino pascual.

«Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame...”» (Mt 16,24ss).

La reprensión a Pedro parecía haber destruido todo el edificio eclesial apenas anunciado, y con la piedra sobre la que quería edificarlo, incluidas todas las demás piedras, los apóstoles los primeros, habían sido desmanteladas. Sin embargo, Jesús, después del terremoto, comienza de nuevo a construir, con las mismas piedras, y Pedro el primero, recuperando y volviendo a proponer el comienzo, la primera mirada, la primera palabra, la primera llamada que los apóstoles han recibido a orillas del mar: “Si alguno quiere venir en pos de mí...”.

Pero si al comienzo el seguimiento lo pedía Jesús, porque ellos no sabían nada, no lo conocían, aunque inmediatamente sintieron una irresistible atracción, ahora es como si la vocación, tuvieran que decidirla ellos, ahora tenían que emplear toda su libertad, y una libertad clara, iluminada, consciente del sentido y del significado, y, por lo tanto, de la misión, que conllevaba la vocación de seguir a Cristo.

Pero, inevitablemente, Pedro y los discípulos que escucharon estas palabras después del trueno ensordecedor del “*¡Vade retro, satana!*”, las debieron poner en conexión directa con el *phronein*, el *sapēre*, el tener el sentido de las cosas de Dios que Jesús ponía en el centro de la cuestión.

En efecto, estas palabras solicitaban un juicio de uno mismo y del mundo totalmente opuesto al pensamiento del mundo. Sin embargo, estas palabras ilustraban el criterio de un pensamiento conforme a Dios, y educaban para formarlo. Jesús, con estas palabras, como con todo el Evangelio, se hacía Maestro del pensamiento conforme a Dios, de un sentir, de un juicio, de una mirada sobre la realidad de uno mismo y de todo, adherente al pensamiento y a los sentimientos de Dios.

Somos hijos de una época filosófica y cultural que ha reducido mucho el concepto de pensamiento y, por lo tanto, de verdad. Hablar hoy de pensamiento es como hablar de mariposas, de algo volátil y efímero, extremadamente frágil, sobre lo que no podemos fijarnos, y cuando lo aferras, se rompe, dejándote en las manos un poco de polvo coloreado...

Sin embargo, cuando Jesús habló del pensamiento a Pedro, lo hizo refiriéndose a un pensamiento tan consistente como para contener toda la realidad, el Pensamiento original y eterno con el que Dios creó el universo y la historia, y decidió, aun antes de la creación del hombre, llegar hasta su condición haciéndose hombre, y asumiendo su destino hasta la muerte y resurrección, incluso el uso errado de la libertad que le daba. Reprochando a Jesús el anuncio de la pasión y muerte, Pedro, sin darse cuenta, reprodujo el rechazo del pensamiento misericordioso de Dios que Lucifer y los demás ángeles con un solo pensamiento contrario, un solo “¡no!”, expresaron, transformándose de ángeles en demonios.

Es como si los discípulos de Cristo se encontrasen todos reviviendo aquel momento fuera del tiempo, en el que el pensamiento de Dios de amar al hombre hasta la Cruz fue abrazado o rechazado por las legiones angélicas. “Pensar como Dios” quiere decir justamente abrazar el designio divino eterno de amar al hombre hasta la Redención en la Sangre de Cristo. No es posible seguir verdaderamente a Cristo sin abrazar este pensar como Dios. Sería como si se quisiera volar sin alas, cantar sin sonido, iluminar sin luz...